

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Raúl Néstor Álvarez

“La basura es lo más rico que hay. Relaciones políticas en el terreno de la basura. El caso de los quemeros y los emprendimientos sociales en el relleno Norte III del CEAMSE”, Editorial Dunken, Buenos Aires, 2011

Por Pablo J. Schamber

Esta obra es la tesis de Raúl Álvarez en la Maestría en Ciencia Política del Instituto de Altos Estudios en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, presentada a mediados del año 2010 y publicada un año después. Trata sobre la gestación, el desarrollo y la resolución del enfrentamiento entre los “quemeros” y las autoridades del CEAMSE por el acceso a los residuos reciclables que se entierran en el relleno sanitario Norte III.

El período histórico que cubre este trabajo arranca en marzo de 2004, cuando desaparece Diego Duarte, un adolescente que se escondió entre la basura huyendo de la persecución policial que reprimía la presencia de recuperadores en dicho relleno. Esta circunstancia es considerada como un hito que extrema la pugna entre la población que buscaba acceder al relleno y el CEAMSE que se lo restringía o impedía. La reacción popular frente a ese hecho derivó en el incendio de algunas instalaciones y la interrupción del tránsito en el Camino del Buen Ayre, ruta obligada para la descarga de la basura de varios distritos en el relleno. Ante esta situación el CEAMSE modifica radicalmente su tradicional postura restrictiva y represiva y se aviene a negociar. Se establecen canales de diálogo y se confecciona un registro de quemeros mayores de edad autorizados a ingresar en horarios determinados. También se eligen “veedores”, quienes tendrán la posibilidad de ingresar previamente al relleno con anuencia de la empresa para identificar qué camiones conviene descargar y supervisar que se lo haga en terrenos a los que se pueda llegar caminando fácilmente.

Pero además, y a pesar de que la demanda quemera simplemente consistía en obtener acceso a un terreno (un playón) en el que se descargarán camiones con residuos reciclables, por impulso del entonces presidente de CEAMSE, surge el proyecto de crear “Plantas Sociales” de clasificación de residuos de las que los quemeros, a través de organizaciones sociales, se harían responsables. Es decir, la demanda de los quemeros y de las organizaciones barriales que los nucleaban era más simple, económica y de menor envergadura que lo que propuso y luego terminó concretando CEAMSE, dado que dichas Plantas son establecimientos industriales en los que cotidianamente trabajan entre 20 y 80 operarios, donde a través de un conjunto de operaciones simultáneas, grupales y secuenciales (descarga en tolva, desgarrado de bolsas, elevación a cinta transportadora, clasificación manual en cinta, descarte del rechazo, enfardado y acopio de materiales según su tipo y calidad, venta), se recuperan materiales reciclables presentes en la basura.

El cambio en la estrategia del CEAMSE, de la represión a la negociación y los intentos de cooptación de los recuperadores, pudo llevarse a cabo pero no sin resistencias internas. De hecho, su estructura orgánica exclusivamente orientada a cumplir el objetivo de enterrar los residuos fue modificada y se creó el “Departamento de Plantas de Separación y Reciclaje”, que pasó de tener 4 miembros en 2004 a más de 20 en 2007. Álvarez sostiene que transformación abrió una etapa de

“construcción social consensual”, centrada precisamente en la búsqueda del acuerdos y cuya principal materialización son las Plantas Sociales de separación de basura (pág. 38).

Hacia mediados de 2010 (que es cuando finaliza este estudio) se habían inaugurado 9 Plantas Sociales que empleaban alrededor de 600 personas, quienes ahora son reconocidos como “los de las Plantas”. Allí se procesan alrededor de 1.200 camiones domiciliarios y 600 camiones privados, lo que supone 13.000 toneladas-mes, lo que equivale a cerca del 3 % del total que llega al CEAMSE, aunque el porcentaje que efectivamente se recupera sería del 0,5 % del total que llega al relleno. Estas instalaciones no impidieron que de todos modos otras 700 personas siguieran ingresando diariamente a recuperar materiales directamente en el relleno, aunque en base a ciertas prerrogativas acordadas con CEAMSE. Estos quemeros son denominados “los de la montaña” por la elevación que tiene el relieve debido a la acumulación de la basura descargada.

Se aprecia que el Estado a través del CEAMSE interviene con una estrategia mixta, cuando por un lado busca mantener el sistema de entierro y por otro descomprime el conflicto por el acceso a los residuos construyendo organizaciones socioproductivas que sientan un precedente de avanzada en las políticas socioambientales de corte popular. Como queda en evidencia al considerar los bajísimos niveles de recuperación, esta alternativa social-productiva-ambiental sólo tuvo en miras finalidades de tipo sociopolítico, dejando de lado la importancia socio ambiental y productiva de la actividad, aunque ello haya formado parte de la justificación de la iniciativa.

En efecto, se trata de una construcción bifronte, dado que se promovió “desde arriba” y se vivió como una conquista “desde abajo”, es decir, se impulsó desde el Estado para contener, desmovilizar, fragmentar y debilitar la lucha de los recuperadores, pero a la vez se percibe como un espacio conquistado desde abajo como un avance popular que transforma la cultura individual del cirujeo en organización colectiva y productiva del reciclaje.

Surge así lo que el autor, de acuerdo también a la opinión positiva de prácticamente todos los entrevistados, califica como un “experimento social exitoso” con virtudes, defectos y contradicciones. Se trata, en síntesis, del emprendimiento ambiental de recuperación de basura más importante de Argentina cuya fundación no persiguió objetivos ecológicos sino de descompresión de conflictos entorno al acceso a la basura.

La tesis describe y analiza así una novedosa intervención del Estado en la construcción de un sistema de organización que transforma la cultura individual del cirujeo de subsistencia en el relleno, en una experiencia colectiva de producción industrial en las Plantas Sociales, en la que si bien muchos alcanzan (sumando la retribución proporcional que obtienen de lo que genera la propia planta más subsidios del sistema de seguridad social provistos desde el gobierno federal) un ingreso que supera el salario mínimo, vital y móvil, se desenvuelve sin embargo en un conjunto de condiciones de trabajo infralegales, sin que la presencia de quemeros recuperando en el relleno haya disminuido a partir de la existencia y puesta en funciones de dichas Plantas.

Excluyendo introducción y conclusiones, la obra tiene tres capítulos centrales que pueden dividirse en dos partes. En la primera (capítulos 2 y 3) se ofrece una descripción del escenario que representa el Complejo Ambiental Norte III y se presentan a los actores y sus lógicas. Esta parte contiene los aspectos más sustanciales de los resultados del trabajo de campo del autor, basado principalmente

en el despliegue de técnicas etnográficas (observación participante y entrevistas a distintos quemeros, dirigentes sociales y funcionarios). En la segunda (principalmente el capítulo 4) se desarrolla el marco teórico conceptual desde el que agudiza la perspectiva crítica de su análisis sobre las relaciones de poder y explotación condensadas en los conflictos por la recuperación de la basura. La obra presenta en la sección de Anexos la bibliografía y el listado de las entrevistas hechas, e incluye también una sección con ricas anécdotas del trabajo de campo y otra con interrogantes surgidos en esta investigación que potencialmente servirían para complementarla orientando próximas. El capítulo 5 se refiere a ciertos tópicos que fueron surgiendo durante la investigación pero que no formaban parte de su objetivo central (asco, discriminación, azar y negocios), y aunque está dentro del cuerpo principal, perfectamente pudo haber sido otra sección de anexos.

Intentando superar la simple reseña del estado del arte en torno a los abordajes que se han venido dando en este sector, Álvarez plantea la existencia de dos orientaciones generales en las que se pueden inscribir los estudios. Así identifica por un lado un “paradigma técnico” ligado a un interés -burocrático del sistema público de gestión de la basura, que procede de profesionales ligados principalmente a la ingeniería. Para este paradigma se da por sentado la existencia de los residuos, la sociedad que los produce y el Estado que los rige, y las cuestiones sociales, económicas y políticas resultan de alguna manera interferencias ajenas y externas a su incumbencia, algo que se impone y con lo que debe lidiar, pero sobre lo que no se tiene responsabilidad. Por otro lado presenta a los “estudios antropológicos sobre el cirujeo” (aunque no todas las producciones provengan de profesionales de esa disciplina, prefirió llamarlo así porque muchos de los estudios que se inscriben en esta corriente habrían sido generados por ellos). Estos son estudios que parten de la observación para realzar la producción de sentidos desde la práctica y la constitución de identidades. Buscan así avanzar en la comprensión del fenómeno de la recuperación de residuos como estrategia de subsistencia alternativa, en la que lo político, lo económico, lo social y lo cultural no son algo externo sino que componen el propio objeto de estudio. Álvarez inscribe su tesis dentro de esta última perspectiva y busca aportar aproximaciones que posibiliten “desnudar críticamente la implicación esencial de las relaciones sociales y políticas fundamentales de nuestra sociedad, expresadas en el terreno de la basura”. (pág. 21)

Una fuente de información clave a la que recurre son unos documentos llamados “Registros de Operaciones de CEAMSE”. Analizando su contenido y retórica pudo conocer no sólo el estado de situación que allí se describe y complementarlo con otras fuentes y testimonios, sino también apreciar la lectura de las circunstancias a través de las cuales CEAMSE adoptaba medidas en consecuencia. Por ejemplo, si bien se relevan comentarios que acreditan dar cuenta de la presencia de personas dedicadas a la recuperación de los residuos en este sitio desde el mismo momento de su puesta en funciones en el año 1977, es recién en mayo de 1998 que dicho registro deja constancia de este fenómeno a través de una solicitud al contratista para que arbitre los medios que permitan “desalojar a los cirujas del frente de descarga y del predio”.

Como consecuencia del incremento de dicha presencia durante la segunda mitad de la década de los 90’, que complicaba el normal funcionamiento operativo de la empresa, CEAMSE aumenta la cantidad de personas armadas que controlan el acceso al lugar. Por su parte los quemeros perfeccionan sus estrategias para no ser descubiertos en sus incursiones (van de noche y en grupos

reducidos). Hay varios entrevistados que exponen situaciones de represión, detenciones y apropiación por parte de los vigilantes de la mercadería valiosa recuperada por los quemeros. Además de olores nauseabundos, allí se respiraba un clima de enfrentamiento y hostilidad entre la policía y los quemeros, que no se resolvía por carriles judiciales.

Para caracterizar los rasgos principales de una jornada laboral de recuperación de residuos en el relleno, Álvarez sigue el orden en que las actividades tienen lugar. Por eso arranca con la preparación de la ropa de trabajo y de los instrumentos de trabajo en la vivienda, continúa con las vicisitudes que se presentan en el camino desde el barrio que se habita hacia el CEAMSE, la espera a la autorización del personal policial para el ingreso, los tipos de elementos y materiales que se juntan en los distintos momentos del desarrollo de la actividad de “luquear”, la marcación del horario de salida, el trayecto de regreso cargando la mercadería, las tareas de limpieza y clasificación que luego continúan en la casa.

A pesar de que no existen datos oficiales, a través de su ejercicio de observación participante el autor identifica que la actividad se realiza usualmente de manera individual, mayoritariamente por varones de entre 13 y 40 años, aunque también hay grupos numerosos de menores de esa edad, y por último mujeres y adultos mayores. También observó que en el relleno no hay una organización grupal ni jerarquías en el ejercicio de la tarea. Esta se desenvuelve en forma individual, salvo algunos pocos casos donde varios quemeros comparten una misma carreta para trasladar los bolsones cargados. Nadie divide las tareas, a excepción de una docena de “delegados” o “veedores” surgidos tras los acuerdos con CEAMSE.

La situación es bien diferente en las Plantas Sociales. A pedido de CEAMSE los grupos que accedieron a las Plantas constituyeron asociaciones civiles (pese a que desarrollan una actividad productiva y lucrativa) y establecieron convenios a través de los cuales CEAMSE cede en comodato las instalaciones, provee residuos domiciliarios, retira rechazos y se encarga del costo de la energía eléctrica, mientras que las asociaciones se encargan de la gestión empresarial del emprendimiento. Las Plantas se fueron concediendo a las asociaciones gradualmente en función de criterios que aparecen identificados como “políticos”, es decir, de acuerdo a un manejo diferenciado de las relaciones con los distintos referentes de dichas asociaciones. De hecho, un grupo liderado por familiares del adolescente desaparecido no acordó con CEAMSE y carece de Planta (son calificados por los otros como “rebeldes”), mientras otro grupo obtuvo los fondos para la construcción de su Planta por parte del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y no como en todos los demás casos del presupuesto de CEAMSE (y por eso son identificados como “sectarios”).

El material que se recupera en las Plantas proviene principalmente de la recolección domiciliar y en menor medida de generadores privados (de mayor calidad y valor que los domiciliarios). Debido a las características de su contenido los camiones provenientes de generadores privados se descargan en un playón correspondiente a cada planta y los recuperadores los clasifican allí directamente sin que pasen por la cinta transportadora. Es decir, con el contenido de los camiones provenientes de generadores privados se implementa en parte la demanda original de los quemeros, sólo que la recuperación no se realiza de manera individual sino como parte de la organización que gestiona la Planta.

Existe un estratégico manejo discrecional en torno a cómo se asignan las descargas de los residuos privados en las Plantas por parte de CEAMSE. Dice Álvarez: “El observador ingenuo se asombraría de que se utilice la basura como un recurso de dominación política. Pero su lógica es sencilla. Los quemeros pedían acceso a la basura. Entonces la dosificación de ese acceso se constituyó en el eje disciplinador de esta masa de recuperadores en el relleno. Además, la asignación discrecional a una planta o a otra, de los mejores cargamentos de residuos provenientes de generadores privados, sirvió para apoyar y reforzar los inicios de algunas de las Plantas, en desmedro de otras. O al menos, esto es lo que sospechan los dirigentes de estas Plantas. La basura no sólo es tratada como un objeto valioso, sino como una instancia de poder” (pág. 72). Esta turbia modalidad de asignación de camiones privados a las Plantas por parte de del Departamento de Reciclaje del CEAMSE, genera recelos, sospechas e impide la acción colectiva, dado que cada presidente de organización considera que puede verse perjudicado si la alienta.

La obra incluye un valioso cuadro que resume las fechas en las que las Plantas se fueron abriendo, la identificación de sus referentes y de la asociación que lideran, y los conflictos internos que sostienen. Y presenta de manera sintética pero sumamente clarificadora el devenir de los principales rasgos que las terminan caracterizando. En este sentido se advierte que si bien cada una tiene su impronta y particularidad, comparten el origen marginal de sus integrantes, “el uso de la basura como recurso, su organización, su reclamo permanente por mejoras, la simplicidad primaria de su planteo y la común desconfianza recíproca” (pág . 81). Respecto del modo como se estructura el poder interno, todas las organizaciones estarían verticalmente conformadas de acuerdo al siguiente esquema: presidente, grupo de referencia, trabajadores estables, trabajadores inestables.

Álvarez sostiene que las capacidades y recursos políticos de cada grupo (construcción territorial, acción directa, vínculos políticos, prestigio de sus referentes, trayectoria de trabajo cartonero, experiencia de lucha anteriores) sirvieron para acceder a las Plantas, pero una vez puestas a funcionar como emprendimientos productivos, dichos recursos ceden en su importancia frente a los requerimientos de la gestión práctica y concreta del mismo. Evidencia una contradicción entre los hábitos propios de la actividad desplegada como estrategia básicamente individual y anárquica de los quemeros y los requerimientos disciplinarios de la cultura del trabajo industrial que se plantea con la existencia de este tipo de instalaciones, y por ello “el problema del orden, la obediencia y la auto-disciplina pasan a ser la cuestión central, de difícil resolución.” (pág. 83). De hecho, afirma que la mayor energía política de las organizaciones respecto al funcionamiento productivo de las Plantas que gestionan se pone precisamente en la necesidad de inscribir disciplina en sus trabajadores. En otras palabras, Álvarez evidencia el enorme desafío que representa pasar de estar habituados a realizar una tarea solitaria, condicionada por la propia necesidad y voluntad, en la que los ingresos varían cada vez que se realizan las ventas, a formar parte de un grupo que tiene la responsabilidad de gestionar asociativamente una Planta que exige no menos de 6 horas de trabajo diario, con tareas asignadas por las que se perciben ingresos regulares en forma quincenal y frente a lo cual debían se deben relegar otras actividades que llevaban a cabo desde hace años (changas).

Además de la cuestión disciplinaria, Álvarez menciona otros elementos necesarios para entender el funcionamiento de las Plantas, como por ejemplo la existencia de fracciones internas dentro de cada organización que permanentemente discute las indicaciones del presidente o de su grupo de referencia. Explica que en gran medida ello sucede debido a que la jerarquización de los integrantes

se explica más en función de relaciones primarias (amistad, parentesco, vecindad, afinidad ideológica) que de las habilidades técnicas o razones meritocráticas. También se evidencian conflictos por sanciones impuestas discrecionalmente a los operarios por los referentes sin la posibilidad de aquellos de efectuar reclamos o defensas ante representantes gremiales (inexistentes), o la imposibilidad de relacionar (como en el trabajo quemero) el rendimiento del trabajo individual con los ingresos que se perciben quincenalmente. Cabe aclarar de todos modos que la situación referida a los ingresos no es uniforme, dado que no todos los trabajadores de las Plantas gozan del beneficio del subsidio (Programa “Argentina Trabaja”), ni todas las Plantas llegan al mismo ingreso como promedio de lo producido en cada.

El autor señala que el conjunto de los recuperadores está a la postre más estratificado y fragmentado que antes. Ello sucede porque aparecieron categorías y jerarquías que antes no estaban, a través de las figuras y cargos de delegados, veedores, presidentes, grupos de referencia, ‘viejos’ y ‘nuevos’ trabajadores de las Plantas. A su vez todos ellos se distinguen de los quemeros “de la montaña” que siguen recuperando en el relleno. Aún así y más allá de la relación con CEAMSE u otros actores influyentes de la trama (políticos locales, sindicalistas, dirigentes populares) Álvarez rescata el hecho de que cada asociación que gestiona una Planta se auto-organiza de manera independiente y pluralista.

Intentando vincular la teoría con la experiencia descrita, el autor recoge aportes marxistas a la teoría del Estado y de la propiedad, e influencias de Foucault sobre la normalización como poder. Así plantea: a) una teoría crítica del Estado donde éste sólo en apariencia es neutral entre los antagonismos que pueden darse entre los sectores sociales dado que en realidad se orienta estratégicamente a la reproducción de la dominación de clase, b) una teoría crítica de la propiedad que desviste y cuestiona la legitimidad de la apropiación diferencial de bienes por parte de unos pocos en perjuicio del conjunto de la sociedad, y c) una teoría de la normalización, a través de la cual se concibe que los individuos parecen ser libres cuando en realidad son neutralizados en su potencial de rebelión contra el orden vigente internalizando imperativos jurídicos/biológicos.

Para poder articular estas nociones teóricas con el contexto empírico retratado, recurre a instrumentos conceptuales intermedios, “situados a mitad de camino entre las hipótesis teóricas generales y el mundo concreto de la basura” (pág. 105). En este sentido, de la teoría crítica del Estado resulta un deficitario manejo público de los residuos, cuya función garantiza la obtención de ganancias a los capitales privados (productores de bienes de consumo) socializando pasivos económicos y ambientales. De la teoría crítica de la Propiedad deriva que los individuos apropiadores (dueños de esos bienes) se desprenden de ciertos objetos (basura) luego de haberles sacado el máximo provecho, generando “un resto material cuyo valor de cambio no asumen, sino que lo derivan (desapropian) a la esfera pública, a través del sistema estatal de manejo de la basura” (106). Y en relación a la teoría de la normalización, ésta se expresa en los individuos como sensación de asco a la basura (máxima expresión conductual de la construcción normalizadora de la basura), y estigmatización y trato degradante desde el Estado para con los transgresores de la norma, es decir, con los sujetos que recuperan los residuos. En relación a este último punto, apelando a elementos propios de la psicología, sostiene que la transformación de un objeto en basura (basurización) es una estimación subjetiva del valor, donde “las partes consideradas ‘malas’

del yo son depositadas en un objeto y proyectadas a quienes toman contacto con él, dando lugar a la discriminación” (pág. 125)

Desde esta perspectiva, los recuperadores son vistos como los anormales excluidos que pertenecen a los sectores subalternos, quienes mediante su práctica transgreden simultáneamente a) la pauta normalizadora de la basura y b) la lógica económica de la escasez sin necesidad de recurrir a los mecanismos del mercado (empleabilidad, venta de la fuerza de trabajo). La lucha de los quemeros es popular pero no de clase obrera, porque los obreros asalariados también integran la población disciplinada que siente asco por la basura y por quienes se impregnan de ella. Los quemeros están excluido de todo.

Sintetizando su perspectiva teórica, para el autor el Estado obstaculiza el acceso a la basura por parte de los quemeros para que no se vea afectada la acumulación de capital. Sostiene que ello podría darse porque cuando la población marginal accede a bienes sin pagarlos reducen su demanda y aminora la presión por el alza de los precios, y porque dichos residuos recuperados pueden reintroducirse al mercado compitiendo con los productos estándar que las empresas ofrecen en él. Llama la atención que esta perspectiva se base en una noción acotada de las empresas que representarían al capital, dado que sólo contempla la recuperación de cierto tipo de bienes (alimentos, eléctricos, electrónicos) y no precisamente aquellos que sería centrales en la actividad (papeles, cartones, plásticos, metales). Para las industrias que demandan estos materiales, que también pueden categorizarse como parte de los representantes del capital, la tarea de los recuperadores les sería más bien funcional, posibilitando oferta de materia prima reciclable a bajo costo.

Luego de la bibliografía y de un anexo donde se listan las entrevistas hechas, Álvarez incluye un anexo II que incluye un entretenido repertorio con “Anécdotas del trabajo de campo”, y por último un anexo II denominado “Preguntas conclusivas” donde explicita una serie de interrogantes surgidos de su investigación y que eventualmente podrían guiar próximos relevamientos.

En resumen, este trabajo de Raúl Álvarez es sin dudas un indispensable aporte al acervo de los estudios sobre la problemática vinculada al mundo de la recuperación de los residuos. No sólo porque contiene un detallado trabajo de campo sobre las prácticas que tienen lugar en el relleno y en las Plantas Sociales del CEAMSE, sino además porque ofrece perspectivas de análisis teórico-conceptuales originales y enriquecedoras. Además se debe valorar especialmente el hecho de que aunque al inicio de su experiencia su posicionamiento fue necesariamente parcial dado que buscaba defender como profesional del ámbito jurídico los derechos de una de las partes en conflicto (los quemeros), en su rol de investigador se aleja de cualquier apreciación maniquea o dualista, sin por ello colocarse en un lugar aséptico o neutral, ni renunciar a presentar el caso como una manifestación específica de los antagonismos sociales que lo trascienden. En efecto, el centro de su interés fue observar y poner en evidencia las prácticas y relaciones de poder que en este complejo polo de recuperación de residuos tienen lugar, especialmente en torno al papel que juegan las organizaciones a cargo de las Plantas Sociales y el Estado a través del CEAMSE. Y no cabe duda que lo ha conseguido magistralmente.